

Buelta a casa

—¿Cerrada? ¿Cómo que cerrada?

Royan tenía los zapatos gastados y el pelo algo sucio, pero sus ropajes eran elegantes para ser alguien pobre. En frente de él, Bassil, miembro de la Guardia Negra, le miraba impasible.

—Cerrada. Acceso restringido desde hace quince días. Nadie sin la Venia Sacra puede pasar.

—Pero, ¿cuándo se ha decidido esto? ¿Por qué? —Parecía tener modales e intentar contenerse, pero el joven comenzaba a enrojecer.

—¿Tengo cara de pregonero, chaval?

—Mire —tartamudeaba, mirando hacia un lugar y otro, topándose con la infranqueable muralla de la Ciudadela del Ángel en cualquier dirección—, si me dejase hablar con mi Maestra. Es Vera de Ódrea, imparte...

—Ah, no, quizá tengo cara de mensajero.

El muchacho le miró y tragó saliva.

—Imparte clase de Física en la Universidad. Es importante, seguro que esto es un error, sencillamente...

El tortazo que le soltó el guardia le hizo retroceder. Mareado, dio un par de pasos hacia atrás, tocándose la mejilla, pasando la lengua por sus encías para comprobar si tenía los molares en su sitio.

—Nadie pasa sin la Venia Sacra —repitió, en un tono que no daba pie a rebatirle—. Cargo.



Royan comenzó a deambular por las calles del Reloj, completamente perdido. No recordaba cuál era la última vez que había caminado por aquel barrio, pero estaba seguro de que todas las tiendas habían cambiado de sitio y que había muchísima más gente. Apretó la bolsa de cuero que llevaba en el bolsillo y mantuvo la cabeza gacha, alerta. Aquello no era como la Manzana pero, tras el encontronazo con el guardia, estaba claro que las cosas habían cambiado. No ser precavido podría contraer muchas complicaciones.

Tras cruzar la sastrería, le llegó un olor a pan y guiso, así que lo siguió hasta el final de la calle. El cartel de La Cornucopia le invitaba a intentar contentarse con comida.

—Buen día —sonrió al sentarse en la barra, y no le pasó desapercibida la mirada que le echó la tabernera a su labio hinchado—. Un poco de

pan, hidromiel y un cuenco de puchero, por favor.

Le inspeccionó de arriba a abajo, pero no dijo nada. Volvió con el pedido al tiempo que Royan colocaba su pequeña bolsa de dinero sobre la mesa.

—Siete platas.

—¿Cómo? ¿Siete?

—Siete.

—Pero sí... —chasqueó la lengua, con la vista fija en sus monedas—. Por Manrique, es lo que cuesta en el Ángel.

—Vete a la Ciudadela, entonces. —La tabernera sonreía, pero su gesto no tenía nada de agradable. Royan se lo pensó un par de segundos antes de volcar su bolsita en la mesa, revelando todo su contenido.

—No tengo más que tres.

—Conténtate con el hidromiel y el pan, entonces.

—Mire, soy Secretario de la Universidad. Vengo de un largo viaje y, de verdad, tengo dinero para pagar. Puede apuntarlo a la cuenta de la Universidad, eso se hace aquí, ¿no?

Soltó una pequeña y aguda risa.

—Eso se hacía aquí. ¿Te piensas que soy tonta? No voy a continuar abriendo cuentas a territorios fortificados. —Retiró el cuenco del guiso de la mesa.

—Mí Maestra seguro que lo tendría en cuenta. Además, puede ver que no le miento, tengo el Emblema de Ceo y...

Le calló de un golpe en la mesa.

—Oye, muchacho. No sé si eres un olmanense que miente muy bien y está siguiendo una extraña estrategia, pero no voy a picar. No me voy a arriesgar a la horca, ¿entiendes? Bébetelo y márchate. Rápido. No quiero más problemas.

Miró a su alrededor y Royan con ella. Todos los ojos de la concurrida posada estaban puestos en ambos. El muchacho, finalmente, le hizo

caso y se escabulló hacia la puerta.

El Reloj siempre había sido el barrio más cosmopolita de Rhoesburgo. Comerciantes y curiosos de todo el mundo llegaban a él e intercambiaban vivencias y servicios, los estudiantes acudían para buscar una morada que les sirviera de inspiración cercana a la Universidad y todos los bardos querían tocar en sus plazas, llenas de público arriesgado y generoso. Sin embargo, con un poco de atención, se podían apreciar los cambios que había sufrido el Reloj en pequeños detalles: la falta de puestos ambulantes por las calles, las puertas del Taller de los Gremios cerradas al público, los guardia negras protegiendo algún local concreto, la falta de música. Royan era consciente de que, vista la actitud de la tabernera de la Cornucopia, nadie le iba a fiar una cama en su establecimiento. La noche se cernía sobre Rhoesburgo y, con ella, la niebla y el frío, así que se apretó contra su capa y miró a su alrededor. Se sentó en un portal y se refugió en la columna que le protegía del aire.

Quizá fue la casualidad o quizá el Único, pero la puerta de la casa que tenía en frente se abrió y, por ella, se asomó un hombre. Royan no se dio cuenta hasta segundos después, cuando éste se acercó hacia él y puso la mano sobre su hombro.

—Pasa, anda. —Sonrió.

El muchacho frunció levemente el ceño y miró hacia los lados hasta que, tras unos segundos de duda, se levantó y le siguió. La casa era sencilla y acogedora, especialmente por la chimenea encendida del salón, a la que Royan se acercó nada más verla.

—¿Quieres un poco de estofado de merluza?

—Claro, señor. Le agradezco mucho la invitación.

—Clámame Eugene. Mejor que señor, desde luego. —Puso dos cuencos sobre la mesa mientras servía de un pequeño puchero—. Siéntate y no lo agradezcas, éstos son tiempos de cooperación.

—Ojalá fuese así, Eugene —se quitó la capa y ocupó una de las sillas—, pero me temo que la gente no está muy por la labor. Mi nombre es Royan, soy Secretario de Vera de Ódrea.

—Hmm, ¿secretario? —Le miró con el ceño fruncido, dubitativo.

—Eh..., sí. Ya sabe. Ayudante de la Maestra en la Universidad.

—Eugene se encogió de hombros y el muchacho optó por probar el plato. Entrecerró un poco los ojos con la primera cucharada—. Baya, tiene un sabor peculiar. ¿Qué es? ¿Romero?

—Alzafrán. —De nuevo, Eugene sonrió.

—¿Alzafrán?

—Es muy típico en Nordgarde. —Royan se quedó a medio camino de llevarse de nuevo la cuchara a la boca. Miraba boquiabierto a aquel hombre, que continuaba hablando con naturalidad—. Me traje un pequeño botecito de Olmas cuando me mudé aquí.

El silencio llenó la sala durante unos instantes hasta que Royan enrojeció y volvió a dirigir la vista al cuenco.

—Y cuéntame, ¿cómo llegas a ser Secretario de la Universidad? ¿Cuál es tu tarea?

—Bueno —carraspeó ligeramente—, todo lo que mi Maestra necesite, ayudarle en lo que estime. Ahora mismo vengo de una larga estancia en Viejo Bosque por su mandato. No es fácil que te escojan, pues has de ser uno de los mejores de la clase y luego pasar un examen especial para que tu Maestro te otorgue el Emblema de Ceo —comenzó a meter las manos en los bolsillos de su capa y después en los del pantalón—. Es un sello, permite libre acceso a la Catedral y a la Biblioteca, entre otras ventajas.

—Pero, ¿puedes pasar a la Ciudadela con él? —Royan negó con la cabeza mientras seguía buscando—. Qué irónico.

—Ya, supongo. —Se removió en la silla antes de levantarse—. Eugene, he disfrutado mucho de la cena, pero quizá sería hora de que me fuese a buscar un sitio en el que pasar la noche. —Se colocó su zurrón al

hombro.

—Puedes dormir aquí —replicó el olmanense, recibiendo una negativa al instante. Frunció el ceño—. Eh, muchacho —Eugene se colocó en frente de él—, ¿quieres que la Guardia Negra te pille a ti, solo, merodeando por la noche? Les va a dar igual quién digas que seas. Simplemente verán que eres un rhoesiano.

—¿Hay un toque de queda también? —Royan resopló.

Eugene se ablandó por un segundo.

—Después de los atentados contra el Rey, se han extremado las precauciones. —Ambos se miraron a los ojos en silencio—. No sé cuánto has pasado fuera, pero... creo que alguien tiene que ponerte al día.